Con todos los compañeros tenía buena amistad, sin intimar en particular con ninguno, excepto cuando alguno se caia de la escalera ó se rompia un miembro en la cantera. Sin embargo, si tenia un amigo que me consolaba y que me sostenía contra todo, dijo levantando la vista hacia el sol con un movimiento imperceptible.

— Otro domingo me contarà usted eso, le dije levantàndome y disponiendome à marchar, ¿no es verdad, Claudio? Ya me ha dicho usted bastante para entristecerme toda la semana.

—; Oh, señor! jamás se debe estar triste, replicó con una sonrisa de contento que contrastaba con su relato, con la soledad y con las tumbas verdes esparcidas à nuestros pies y à su alrededor. Jamás se debe estar triste, porque la tristeza quita la fuerza al brazo; y además la vida es tan poca cosa, que no merece ni aun siquiera detenerse para llorarla. Vaya señor, todo concluye bien, esté usted seguro. No se trata más que de esperar su hora, aquí abajo ó en el otro tiempo.

-- ¡Á qué llama usted el otro tiempo? le dije yo.

- El que no concluye nunca, respondió.

Nos separamos como dos amigos que se han dado cita con la vista diciéndose adiós.

CAPÍTULO X

I

Apreciaba yo à este pobre hombre, y este pobre hombre me apreciaba à mi. Aunque me hallaba inferior à él en filosofia, en sentimiento de las cosas sobrenaturales, en desinterés, en resignación, y aunque sumergido en esta corriente de pensamientos humanos, por encima de los cuales él irradiaba, sin saberlo, como una cima por encima de la bruma; había sin embargo algo de común entre nosotros: el sentimiento de la divinidad en la naturaleza. Éste era el imán que me atraía hacia las Huttes y el que me hacía soportar mis largas visitas à Claudio. Ocho días después subí hacia su retiro.

Encontréle ocupado en recoger un enjambre de abejas. El enjambre se marchaba formando un torbellino en el aire límpido por encima de su cabeza, tratando à la vez de huir y de quedarse en el cercado. Parecía combatir entre dos instintos contrarios; el de la libertad y el del pesar. Claudio cogió

el enjambre con sus dos manos al posarse sobre un manzano y le colocó, sin haber sufrido picaduras, en el tronco ahuecado de un abeto que había preparado al efecto.

- Aqui tiene usted una nueva familia que me ha llegado esta semana. No ha venido sin que alguien la haya llamado; vea usted, y me mostró una veintena de plantas de pipirigallos en flor; estaba puesta la mesa para todos estos convidados à la boda de Dios; ¿no es verdad? añadió.
- Y la casa también, le contesté mostrándole el corcho colocado por él sobre dos piedras. ¿Pero cómo, Claudio, saca usted su rostro intacto y sus manos libres de esa nube de aguijones volantes que me picarían à mí con sus mil dardos?
- ¡Ah! es que me conocen de madres à hijas, de familia en familia y aun antes de salir al sol por la primera vez. Parece que sus madres ó Dios les dicen antes: « No hagáis mal al que os quiere bien. » Se cree que los animales no tienen su educación y no es verdad. ¿Por qué, si no, las cornejas dejan aproximarse al que lleva una reja de arado reluciente sobre el hombro, y huyen del que lleva un fusil bajo el brazo? ¿Es que cree usted que su padre y su madre no les han ense-

ñado lo que era la pólvora? ¿Y los pececillos? señor; yo me he entretenido muchas veces los domingos, cuando era pequeño, en cogerlos desde la orilla del arroyo con la mano, ponerlos en mi sombrero y dejarlos lejos, muy lejos en la hierba. Pues bien, aunque los dejaba distantes del lecho del arroyo, y aunque la altura de la hierba les ocultaba la vista del agua, volvían todos por sí mismos sin equivocar el camino. ¿Cómo habrian hecho esto si no se lo hubieran enseñado al salir del huevo? »

Hablamos largo tiempo de estos fenómenos de la inteligencia de los animales; y en seguida dí un giro más serio á la conversación. Prestábase á ello Claudio, porque conocia perfectamente que no era tanto la curiosidad humana la que me acercaba á el como la curiosidad divina; es decir, el placer de hablar de Dios.

11

Y este era el atractivo entre este hombre y yo. No separaba yo mi pensamiento de el con facilidad. Cuando desde el fondo de mi jardín ó desde las alturas de mis bosques, situados al otro lado del valle, oía en el silencio del medio día resonar el acompasado golpe del martillo del picapedrero, mi oido escuchaba este ruido como el zumbido de un pobre insecto llamado hombre que horada la roca, que profundiza la tierra, que agujerea el cielo para buscar alli lo que sin cesar le llama y lo que eternamente le huye, su Dios. Deciame : cada golpe del cincel de este hombre, es también un golpe de su imaginación en sus sienes para ensancharla en proporción de la gran idea que le tiene enfermo. Me preguntaba à mí mismo concienzudamente, à mí, que he usado de mi lengua bajo mi paladar, y de mis ojos bajo mis párpados para leer, para escribir y hablar de ese Dios en todos los tonos y en todas las lenguas, cuál podian ser las nociones que esta alma inculta había podido concebir por sí sola del soberano Ser.

Sentíame naturalmente inclinado à hacer recaer la conversación sobre esto cuando me hallaba à su lado. Además, veía que también era la inclinación de su alma, que se desbordaba de piedad instintiva, y que con poco más que se la inclinase se vertería. Me senté, pues, en el sitio mismo en que había hablado con él de Dionisia, y cuando concluyó de poner su colmena de aplomo sobre las alzas, vino à sentarse à alguna distancia delante de mí; porque aun cuando era confiado y sencillo en su actitud y en su lenguaje, no era

familiar. Guardaba esas conveniencias naturales que obliga á todos los respetos observándolos. Mantenía sus distancias como un buen soldado de infantería, que no debe ni dejarse alcanzar por el que marcha detrás de él, ni marchar él pisando al que va delante. Conocía y marcaba su sitio en la creación, como conocía y marcaba el sitio de los demás. Una soberana decencia, no aprendida, le envolvía en una natural dignidad. Se veía que se encontraba pequeño entre los hombres, pero que se respetaba en Dios. He aquí, poco más ó menos, nuestra conversación de aquel día.

Yo. Me ha dicho usted, Claudio, hace ocho días, contándome sus desgracias, que tenía usted un amigo en el seno del cual las derramaba todas, y que las dulcificaba un poco durante su larga ausencia de las Huttes. ¿Quién era ese amigo que mantenía á usted tan lejos de su madre, de Dionisia, de la montaña y hasta de su mismo corazón que había dejado en ellas?

ÉL. Acaso, señor, sea demasiado atrevido sirviéndome de este nombre; él me lo perdonará; este amigo era Dios, señor.

Yo. ¿Quién le ha hablado à usted de él?

ÉL. Casi nadie, señor; él sólo me habló toda la vida en el corazón.

Yo. ¿Y qué le decia à usted? Y usted, ¿ qué le

decía en esas conversaciones interiores que hacian à usted tan sufrido consigo mismo, y tan servicial con los demás?

ÉL. Imposible me sería, señor, decir à usted lo que me decía, porque Dios no habla la lengua de los sabios como usted, ni la jerga de las personas sencillas como yo. No sé cómo se hacía comprender por mi débil alma, pero le oía en mi interior cuando me retiraba del bullicio de mis compañeros para escucharle, como oimos aquí, señor, ese gran murmullo general que sube del valle, y que no podemos saber si son las personas, las voces, los pasos, las hojas, las aguas, las plantas brotando, los pájaros cantando, ó los hombres respirando los que lo producen; pero sabemos que es alguna cosa que vive, ¿no es verdad? puesto que hace ruido.

Pues bien, ese ruido sordo de la presencia de Señor en las criaturas y en mi, lo he sentido siempre afortunadamente, como digo à usted; y digo afortunadamente para mi, porque sin él habria muerto quizà, habría creido que mi pecho era un ataúd en el que se había enterrado un alma que vivía completamento sola, sin más compañía que los gusanos. Me habria arrojado por la primera cantera que hubiese encontrado, para quebrar mis ideas con mi cabeza en las puntas de

las rocas. Pero gracias á ese sentimiento de la presencia de Dios, y á su rumor sordo, pero inteligible, que oía, sobre todo cuando no tenía nada que hacer y entraba en mi casa ó me acostaba en la cantera bajo el colgadizo; gracias á esta bondad que tenía y ha continuado teniendo de decirme algunas palabras dulces al corazón, siempre me he consolado. El hombre es como un niño que se mece, cantando palabras que no comprende, y que sonrie después de haber llorado. ¿No es verdad, señor? Así era yo. Nunca he sabido lo que Dios me decía; pero sólo con oirle tan lejos me consolaba, me sostenía, me hacía tener paciencia y esperar. Parece, señor, que la menor palabra de allá arriba en nosotros, esparce, sólo por el eco de nuestro pecho, luz, comprensión, creencia y paz en nuestra imbecilidad, en nuestra oscuridad y en nuestra agitación. Eso debe ser, según creo, porque esa palabra que ha hecho el mundo llamando à la existencia à todas las criaturas una después de otra, y haciéndolas presentarse solamente à la voz, aunque no existieran todavia, juzgue usted la fuerza inmensa que debe tener; y cuando se digna hacerse oir de un pobre gusano como somos nosotros, piense usted cuánto debe consolarle à uno usu pequeñez.

Yo. ¡Oh! si, Claudio, no lo dudo; usted oía

en si mismo el eco de la palabra eterna, quiza más que otro, por más ignorante que sea usted, según los hombres instruidos. Entre esa palabra y usted, no había sino el ruido de su martillo, nosotros tenemos el del mundo. Pero en fin, ¿cómo conocía usted que Dios hablaba á su pobre alma, y por qué señales comprendía que Dios hablaba sólo con usted?

ÉL. - He ahí, señor; ocurrianseme ideas que no había concebido por mí mismo, y que nadie me había comunicado; me subía calor del corazón que ninguna mano habia tocado y se exparcía en mi como una especie de embriaguez aunque no hubiese probado el vino. Entonces oía toda especie de cosas sordas imposibles de explicar con las pocas palabras que mi madre me había enseñado al venir al mundo. No sé con qué palabras se dirà aquello, pero esa voz me decia: « Existo, vivo, me conservo, creo, voy, escucho, amo, consuelo, vengo y todo viene à mí, y todo lo que ha comenzado en mí, concluye en mí. Y cuando todo lo que ha comenzado en mi se hava refundido en mí, todo será poderoso, feliz y eterno por mí y conmigo. Y yo no soy ni grande ni pequeño, porque soy todo para todas la cosas y para todas las criaturas. Y yo no desprecio nada, y no doy la medida de nada, y no hay delante de mi ni

cosa pequeña ni cosa grande, porque no existe ni lo grande ni lo pequeño para mi que soy sin medida. Y soy tu padre como soy el padre del sol que está sobre tu cabeza. Y soy tu madre como soy la madre de las estrellas que están en el firmamento, y soy tu juez como soy el juez de todo lo que cumple ó infringe mis leyes en intención. Y soy tu amigo como soy el amigo de todo lo que ha salido de mi propia vida para vivir. Y soy tu consolador, porque tú padeces por mi voluntad y para mi voluntad. Y tú puedes hablarme como à un confidente, porque yo te oigo sin que hables. Y estoy en lo alto y en lo bajo, antes y después, y soy el mar donde puedes arrojar todos tus deseos, tus penas, tus esperanzas sin temor de perder ni una sola de tus respiraciones, ni una gota de tus sudores, ni una de tus lágrimas, porque yo lo devuelvo todo; yo soy el cielo de todo, el fondo de todo, el límite de todo, lo soy todo, y nada puede huir de mi, excepto en la nada, y la nada es una palabra de los hombres de cortos alcances. No existe la nada, yo lo lleno todo. Mi verdadero nombre es vida. »

Y mil cosas como éstas señor, que yo escuchaba y que creia comprender un poco, aunque estaban muy por encima de mi inteligencia. Y después que esa palabra me había conmovido 196

como el badajo de la campana conmueve el aire, dando una campanada antes de esparcir la música del Angelus, al través de las hojas que se estremecen al ruido de esta música, después que esa palabra me había conmovido un momento, repito, esparcía en mi una música, una paz, una luz tales, que se hubiera dicho, tal era el placer que sentía, que había descendido una estrella del cielo para iluminarme el interior del alma, ó que una mano había acordado todas las cuerdas de mi corazón, de mi cabeza ó de mi cuerpo, como el organista templa los hilos de latón y los tubos del órgano, de suerte que yo me convertía en un instrumento que cantaba afinadamente, y sobre el cual las manos de Dios podían tocar.

Dulces momentos á través mis penas eran aquéllos, y algunas veces esto me hacía llorar con los ojos de la carne, pero así enjugaba los ojos del alma cuando la memoria de Dionisia hacía llorar demasiado á mi pobre corazón.

Y luego me acostumbré à orar siempre.

Yo. — ¿Cree usted pues, que el Señor es como un hombre que no sabe bien lo que quiere, y que se deja ablandar por la oración y por las lágrimas del primero que habla?

EL. — ¡Oh! no señor, pero pienso que Dios al crearnos por su voluntad, ha orevisto que ten-

dríamos necesidades de esto ó de lo otro, durante nuestro paso por la tierra ó por otra parte, y que él mismo ha dado á sus pobres criaturas el instinto de pedirle lo que deseemos, aunque no sea sino para mantener en nosotros la adoración, el deseo, la gratitud perpetua delante de él. Hace lo que quiere; pero nosotros hacemos lo que él nos inspira orando. Pedir y recibir ¿no constituyen todo el hombre? Nosotros que pedimos todo à los que tienen poco que darnos ¿por qué no pediremos sin cesar al que lo tiene todo? Bien sè que se dice : « La voluntad de Dios es eterna é inmutable como él mismo, y por consiguiente es inútil tratar de cambiarla por la oración. Pero yo pienso que desde la eternidad, Dios ha previsto que le pidiéramos por la oración tal ó tal gracia, y que él ha accedido de antemano à la súplica que debemos hacerle de manera, que ese supuesto cambio de su voluntad, no es en el fondo más que el cumplimiento eterno de esa voluntad misma. » En ocasiones me digo: « El Señor es semejante al arquitecto de una cúpula de hierro como he visto algunas que deja juego à los materiales que forman su armazón para que el hierro se alargue ò se acorte, según las estaciones sin que se rompa el mecanismo. » El arquitecto omnipotente que deia su efecto à su voluntad inmutable, dejando su efecto à la invocación de los hombres, se me figura que es la plegaria. Esto podrà ser una tontería, pero que quiere usted, somos muy pequeños para hablar de Dios. Por lo demás aunque fuese inútil ¡es tan consolador hablar con el Altísimo!

Yo. — ¿Y qué oraciones le dirigía usted con más frecuencia, Claudio?

Ét. — Mas fácil me sería recordar la impresión de todos los hálitos que han atravesado mis labios desde que respiro, que las palabras y el sonido de todas las oraciones que le he dirigido, porque puedo decir sin mentir, que han salido de mi corazón tantas como soplos de mi respiración; y mucho ha crecido mi corazón á fuerza de suspirar.

Primeramente, sabia la oración que mi madre me había enseñado de memoria cuando era niño, la oración de Jesucristo que dejó á los hombres como lengua que se oye de lo alto. « Padre nuestro que estás en los cielos,... » ya sabe usted. En esa oración hay casi todo lo que se puede pedir. Es como una moneda en el bolsillo, por la cual se da en todas partes un pedazo de pan.

Yo. — Pero cada individuo debe hacer su oración por sí, Claudio, pues las necesidades del uno, no son las del otro. ¿Qué oración decía usted con más frecuencia?

ÉL. — Habia entre ellas tanta diferencia como

entre el día y la noche; era según la hora, el viento, el sol, la lluvia, según la impresión que sentía en mí, acerca de todas las cosas; era más que una oración, una conversación; respiraba en voz alta y nada más.

Yo. — ¿Y qué pedía usted con más frecuencia en sus oraciones?

ÉL. — ¡Ah! señor, usted lo sabe perfectamente sin que yo se lo diga: pedía en primer lugar, pan y paz en el corazón para mi madre, mi hermano, mi hermana y Dionisia; que Dios les visitase en las Huttes, noche y día, iuvierno y verano, primavera y otoño, y que echase su bendición sobre cada uno de sus días. Sobre todo, que no tuviesen disgustos por mi causa.

Yo. - LY para si qué pedia usted?

ÉL. — ¡Oh! para mi no pedia gran cosa ¡necesitaba tan poco! Pedía solamente vivir sirviendo à los más desgraciados que yo, pasar mi vida honradamente en el estado en que Dios me habia puesto sobre la tierra, y reunirme después en su seno con Dionisia para amarla y para amarnos por toda la eternidad. Respecto à lo demás todo me era igual; un Dios, un amor, una eternidad eran bastante à un pobre campesino como yo. Jamás deseé riqueza, ni ciencia, ni mandar à los demás. Nunca he sentido sino el deseo de amar

y hacer la felicidad según mis fuerzas à mi alrededor.

Yo. — Dice usted que jamás tuvo ambición de ciencia; sin embargo ese Ser en el que ha pensado usted desde que nació es la suprema ciencia. ¿Acaso nunca trató usted de oir hablar de él à personas más ilustradas que usted, no ha tratado usted de saber los diferentes nombres que se le han dado en las diversas edades de la tierra, en las diferentes lenguas y en los diferentes cultos de los pueblos? En una palabra, ¿usted que es todo amor y toda oración ante el soberano maestro de todos, no le recita usted un acto de fe en él, un *Credo* como se dice en latín en la iglesia? ¿ Y cuál era ese *Credo* que sin duda usted se había hecho para su perpetua adoración?

ÉL. — ¡Ah! señor, mi Credo no era largo. Consistía en pocas palabras: « Vos sois ante todo, estáis en todo y seréis después de todo. Yo salgo de vos, seré llamado á vos y no puedo saber nada fuera de vos. Deseo creer lo que os agrade hacerme conocer; no puedo extender la mirada más allá de lo que alcanza mi vista. Representadme vuestra imagen como queráis que la adore. Mi espíritu es pequeño; quisiera extenderle, vos le agrandaréis continuamente. Hacedme creer lo que queráis. » El pequeño animalito que ve usted ahí,

y que extiende sus alas sobre el musgo no puede hacer su credo al sol; no puede decirle: « Tus rayos son esto ó aquello; » pero le dice: « Siento que me calientas y te bendigo. » Yo era tan simple como ese animalito, señor, y mi *Credo* estaba, creo yo, en la relación del hombre al insecto como del hombre à Dios.

Yo. — ¿Pero nadie le ha hablado à usted de ese Dios à quien ama tanto, ni le han enseñado à adorarle y à servirle en tal ó cual creencia?

ÉL. - No señor, no había iglesias abiertas ni sacerdotes pagados por la República en aquel tiempo. Cada cual creia lo que queria y adoraba à Dios según le parecía. Había aún algunos que no le adoraban del todo, porque decían que los curas se habían entendido con los reyes ó los jefes para ponerles de su parte, y para poseer de este modo la tierra en su nombre. « Y aun cuando esto fuera asi, les decía yo, ¿es una razón renegar de vuestro padre porque le hayan dado otro nombre que el suyo, ó porque se haya cometido una falsedad en su nombre? » Créalo usted, esos hombres que se llamaban ateos me inspiraban mucha compasión. Pareciame que estaban más privados de vista en su alma que mi hermano Graciano en los ojos. Evitaba su compañía cuanto podía, y rogaba por ellos en particular, como por criaturas más desgraciadas que las demás. Por el contrario me sentía atraído por aquellos que tenían una religión, cualquiera que fuese, toda vez que era de buen corazón y de buena fe, porque yo me decía: éstos tienen ojos en el interior como yo; ven à Dios bajo un aspecto ó bajo otro; à lo menos tratan de verle, de conocerle y de adorarle. Esto les honra y hace buenos; porque se puede ser débil pero no se puede ser malo cuando se cree en la presencia de la suprema bondad. Me alegré mucho sin saber porque, cuando se abrieron los templos y la nación reconoció un Dios, y todos los cultos que se quisieran libremente darle. ¡Ah! me dije yo, he aquí un pueblo; antes no éramos sido un rebaño.

Yo. — ¿Y se hizo usted entonces una religión para sí mismo, para honrar y servir á Dios, con éstos ó con los otros, en una iglesia, en un templo ó en una asociación de hermanos, que se entendían entre si para prestar homenaje y obediencia al soberano maestro?

ÉL. — No señor, no me la habia hecho aún en esta época, ni entre mi ni con los demás; oraba y servía solo según mi entender, porque como usted comprenderá iba continuamente de cantera en cantera, de ciudad en ciudad, de un país á otro y frecuentaba toda clase de gente entre los obre-

ros, que tenían toda suerte de religiones, aqui católicos, allí filósofos, más alla protestantes, en el otro lado nada. Cada cual decía sus razones y hablaba mal de los demás, esperando poderles perseguir ó matar. Yo no era capaz de juzgar entre todos. Solamente me decía á mí mismo: « Qué desgracia y qué vergüenza, que todas estas gentes se digan tantas injurias unos à otros en nombre del padre común. Y qué crimen, y qué impiedad, que todos invoquen à los gendarmes, à los verdugos y la horca para encarcelar, torturar y matar à los que no ven las nubes en el cielo en la misma forma y con el mismo color que ellos. Si alguno de entre todos pertenece à Dios, seguramente es el más misericordioso; pues una religión que encarcela, que quema y que maldice, no puede venir de fuente limpia; ó bien ha cambiado el camino y en vez del agua del cielo, hace beber à los hombres la sangre de los verdugos. » Yo no tenia pues entonces otro catecismo, señor, que éste para iluminarme al través de todas las religiones porque pasaba de región en región: « adora y reza con todo el mundo, y no creas sino contigo mismo. » Porque siempre es bueno adorar y rezar con todos los hombres; pero algunas veces es malo creer como ellos, cuando creen cosas contra la naturaleza, contra la grandeza y contra la bondad de Dios. « En una palabra, me decía, deja decir á unos y otros y no te metas á disputar con ellos lo que tú no sabes ni ellos tampoco. Cree con todos lo que es bueno, y no creas con nadie lo que es malo. » He aquí, señor, el catecismo de un pobre hombre que yo me había hecho. Y si usted me pregunta: «¿Pero quién te enseñaba á ti á distinguir lo que era bueno de lo que era malo? » ¡Ah! diantre, señor, no sabria lo que responderos. Era una voz en mi interior à la que no puedo hacer hablar, pero que habla por si para decir si ó no sin réplica en mi pecho. Esa voz, que los sabios llaman conciencia y nosotros, pobres gentes, buen sentido, no disputa pero no se engaña; no sabe decir nada pero sabe juzgarlo todo. Se necesita una última palabra en el fondo del hombre cuando debate consigo mismo y no sabe que entender. Pues bien, esta conciencia es la última palabra. Y esta última palabra de todo, la ha escrito Dios en nosotros, como se escribe de vez en cuando la ruta, para no equivocarla, en los postes de un camino.

Había por ejemplo un viejo picapedrero húngaro que había trabajado no sé en cuantas iglesias, templos, capillas, minaretes, mezquitas, pagodas y pirámides en toda la tierra desde un país que él llamaba la India, hasta en Egipto, en Turquía, en Alemania, Roma y Estrasburgo. No había Dios para el que él no hubiese labrado una piedra, de manera que estaba bien seguro, como decía muchas veces riendo, de tener un amigo en todos los paraísos. Me había cobrado amistad à causa de mi juventud, de mi ignorancia y de mi buena conducta, que me hacia buscar mejor la compañía de los viejos, que la de los jóvenes, porque siempre es más dulce el fruto maduro que el verde. Sabia leer y yo no. Tenia la complacencia de leerme los domingos sus libros de oración y antiguas historias de los primeros tiempos, que yo escuchaba con un placer y con una admiración siempre nuevos. Tenía de esas historias que hacen adorar las bondades de Dios, y que hacen llorar de ternura por las aventuras de pobres familias como las nuestras, que hacian pastar sus animales y cultivaban sus surcos como nosotros en los desiertos. Tenia otras que oia con indiferencia, porque hablaban de multitud de dioses, de casamientos de dioses con hijas de la tierra, de picardías, de maldades de tal ó cual dios que engañaba con astucias, malicias é intrigas à los hombres. Estos libros que venian de la India, de la Arabia, de Grecia, de yo no sé dónde. me hacían no obstante pensar y repensar en esta multitud de mentiras, mezcladas con esta multitud

de verdades que Dios ha consentido que los antiguos echaran ante nosotros, á fin de que tuviésemos eternamente que buscar pepitas de oro en montones de arena con el sudor de nuestra frente. Deciame: « Es la voluntad divina, que el alma trabaje como el cuerpo en buscar su alimento, puesto que no nos ha limpiado el grano, y nos le ha dado mezclado con la paja, y que hay tantas malas hierbas como espigas. » Esto, señor, me extrañaba pero no me escandalizaba; Dios es el amo, y él sabe por qué lo ha hecho así; quizá para que continuamente pensemos en él, progresando hacia su conocimiento perfecto un paso tras otro; porque al fin, si hubiéramos llegado al conocimiento perfecto al primer paso, no seguiriamos marchando, no buscariamos ya. Ahora bien, vivir es buscar ¿no es cierto?

Con todo, encuéntranse en ocasiones al través de los tiempos, de vez en cuando, verdades y santidades que alimentan durante siglos y siglos la necesidad de verdad y de santidad que Dios ha puesto en los hombres. Así dicho anciano me leia por entretenimento pensamientos, como él los llamaba, de grandes sabios antiguos, inspirados en la sabiduría de otro más elevado que los demás. Había entre ellos algunos, cuyos nombres recuerdo, como Pitágoras, Sócrates, Platón, Con-

fucio, Cicerón. Estos hombres, señor, tenían pensamientos sobre Dios, que iluminaban, por decirlo así, la noche de mi espíritu como la nieve que cayó del cielo quizá hace muchos miles de años, allá abajo en el monte Blanco que ve usted desde aquí y que no se ha fundido nunca, ilumina por la noche y por la mañana la llanura aun sombria de una parte de la comarca.

Mas tenía sobre todo un librito, cuyas páginas estaban todas retorcidas y rotas en fuerza de haber sido leidas y releidas por el viejo, y en el cual me leia continuamente para concluir sermones tan agradables, que parecía que era un hermano mayor que hablaba á sus hermanitos, y parábolas tan sencillas, tan terrenales, que parecía que era una madre que inclinaba la rama para que pudiera coger avellanas su hijo. Era, señor, el Nuevo Testamento que he conocido más y he practicado mejor desde que he oido recitar páginas de él y sacar lecciones de buena conducta en las iglesias.

¡Ah, cuanto adoraba, señor, a ese hombre divino que venía no se sabe de donde a mezclarse tan pequeño con la pobre gente, a no rechazar a nadie, a hablar con los pescadores y los labriegos de la misma manera que con los sabios; a perdonar en nombre de Dios a las mujeres des-

preciadas, pero arrepentidas; á jugar con los niños; à enseñar infatigablemente à su pueblo; à sacrificarse à la venganza de los sacerdotes judios, que le perseguian porque ellos eran la sombra y él era la luz, y por último à dejarse crucificar por los jueces del país! ¿Para qué? ¡Para no desmentir à su padre que hablaba con él, y para comprar al precio de su sangre un poco de adoración más pura á su creador! ¡Ah! qué magnificas ideas les enseñaba de Dios en la montaña. Cómo se conocia que era una palabra, un Verbo, como se dice, un amanecer del sol sobre el alma de un mundo, en el que todos los sueños de una larga noche, se habian cambiado en falsos dioses ¡Cómo el que él anunciaba era el verdadero Dios, el único Dios! ¡Sin padre ni madre, sin país y sin nación, sin amigos y sin enemigos, sin cólera y sin rayos, el padre, la madre y el hermano de todos, de los paganos como de los hebreos, de los sabios como de los ignorantes, de los grandes como de los pequeños! ¡Y cómo era él su profeta! ¡Cómo estaba perfectamente animado con todo su amor por su creación! Porque al fin habria querido volver à crear el mundo corrompido, lleno de mentiras y de falsos dioses, dandole la vida de su propia vida. ¿Puede amarse mas que eso el creador y los hombres? ¡Morir

para que los hombres adoren más santamente à Dios! ¡Morir para que luzca más claramente sobre el mundo! ¡Qué más! En el calor se conoce el fuego. Es preciso que él haya tenido una gran llama de Dios en el alma, para que esa claridad que le quemaba interiormente, le hubiese inspirado tal sacrificio à su padre, para sus hermanos y por la mano de sus hermanos. « ¡Ved ahí un Verbo de Dios! ¡ Ved ahi, un hijo del padre! ¡ Ved un hermano de todos los que han nacido ó que nacerán de mujer! » me decia yo cuando el viejo concluia de leer. « Así se comprende cómo una gota de sangre, con sólo caer de lo alto de una cruz sobre la arena, penetró de tal modo hasta el núcleo de la tierra, que la estremece aun después de dos mil años, y que su palabra no ha concluido de resonar y se mezclará para siempre con todas las demás que vendrán, no se sabe cuando, á mezclarse con la suya, hasta que el nombre de Dios sea perfecto en este globo de tierra y en esos globos de fuego. »

El viejo sonreia oyéndome à mi, ignorante, hablar de este modo del *Nuevo Testamento*. Estaba satisfecho de ver fermentar esta buena semilla en mi pobre espiritu.

He aquí mis comentarios à la lectura, y yo me sentia todo resonar en mi interior, como en la nave de una iglesia vacía, en que las piedras que resuenan á la voz del sacerdote, parecen repetir por sus mil ecos, palabras santas que no comprenden.

Después he conocido mejor lo que el viejo me leia. Entre tanto sus reflexiones me calmaban admirándome. No conociendo nada de las demás religiones, me prescribí una regla para juzgar de ellas sobre poco más ó menos. Díjeme: « En todo esto hay falso y verdadero; hay Dios y hay hombres. ¿Cómo hacer para separar las verdades de las mentiras, para conocer que el Señor está aqui y que el hombre està alli? Es muy sencillo, hasta para un pobre hombre como yo; no se necesita más que ver con su conciencia dónde está el bien y dónde está el mal. En dónde está el bien, està Dios; allí donde está el mal se encuentra el hombre. La verdad no puede producir el mal, asi como la luz no puede producir la oscuridad, ni la paloma puede empollar la vivora. Si, pues, de un culto se deduce el odio y la persecución, el desprecio, el esterminio de los hombres, nada de eso proviene de Dios. Si por el contrario se deduce el amor al prójimo, el sostenimiento de los unos por los otros, la compasión, el sacrificio de sí mismo, la adoración de un solo Dios en espíritu y verdad, todo eso es de él. Yo compadeceré à los prímeros sin quererlos mal y creeré y adoraré con los segundos.

De este modo fué como en mi humildad trataba de hacer una religión à mi manera y de servir à mi Creador con mis pequeños recursos y según su voluntad. »

Y entonces me dije a mí mismo: « Pero no basta pensar en él y dirigirle oraciones como las hacias al levantarte, al acostarte, al descansar al medio día después de comer el pan à la sombra, es preciso también mostrarle que eres un fiel obrero de su casa sobre la tierra, que quieres servir sin salario, sólo por el pan y que darás tu salario à los que son más débiles ó están más enfermos ó más necesitados que tú. » Y no puede usted creer, señor, cuán abundantemente me pagaba Dios mi jornal en mi corazón más que los burgueses ó maestros con sus bolsas. Me parecia que toda la moneda que no tomaba para mí ó que tomaba para repartirla por la noche entre los heridos, los enfermos, las mujeres ó los niños, el padre ó la madre impedidos de mis compañeros, formaba durante toda la noche en mis oidos una bolsa llena de plata y de oro como si Dios me la hubiera vaciado por sí mismo en la mano. Esto me daba siempre nuevo ánimo para el trabajo.